

el seso trastornarle y sugerirle la idea de que, como los dioses, era impecable, infalible, omnipotente. Separada del Rey fué á Reims Antonieta en busca de las emociones despertadas por tan grandioso espectáculo: y aunque se alojó en la misma casa donde se alojaba él, no asistió á ceremonia de ningún género en su compañía, y como ya hemos dicho que asistió á la ceremonia en recatada tribuna, diremos ahora que, desde las ventanas de un palacio ageno vió los cortejos y las procesiones y los desfiles consiguientes á tan aparatosa festividad. El óleo ungió la frente y las sienas de Luis XVI; pero no la frente y las sienas de su mujer, pareciéndose la Monarquía en tal momento á esas religiones semíticas, donde no hay trinidad, y el Dios único, solitario y sin esposa, vibra sus rayos en cúspide inaccesible á todos, oyendo como un lejano rumor los ayes de la humanidad, y viendo allá muy lejos y muy separados de la persona intangible, tan pequeños, como Inciérnagas y tan apagados como pavesas, mundos y soles. Así derramó en tales circunstancias muchas lágrimas la cuitada, quizás por esos presentimientos siniestros que asaltan el corazón de los destinos á un trágico fin, quizá por la natural consideración de que su sexo no la preservaba de peligros y daños, mayores que los sufridos por su esposo, y le impedía participar de aquellas fiestas y de aquellas ceremonias litúrgicas, en que se mostraba el poder real con toda su magestad y había menester de todos sus representantes. No así en las fiestas promovidas por el nacimiento de su hijos. La participación en ellas le satisfacía como mujer, como esposa, como madre, como Reina. Y las tomó cual debía, en el sentido de un homenaje á su maternidad y de un culto á su persona, por haber colmado de dicha al Rey su marido, y de gozosas esperanzas á la Nación toda entera, embelleciendo con aquellos ángeles el hogar y afianzando sobre sus divinas resistentes alas el trono y la dinastía.

Mas no era la consistencia virtud propia de la Reina. Le asustaba el aburrimiento más que ningún otro estado del ánimo, y temía encontrárselo en las tristezas, que tras aparejado un trono tan solitario y tan frío, como las glaciales cumbres inaccesibles de los montes altísimos. Y, después de múltiples recepciones, aparatosos besamanos, bailes sin descanso, fiestas sin cuento, emociones sin tregua, el abrumador cansancio superaba de suyo en desagrado al temor del hastío, y sugería la idea de un apartamiento del mundo en qué solazarse y hacerse á una vida de intimidad y de familia, menos propia para los varios sentimientos, pero más propia para los goces del alma. Demasiado colosal el inmenso palacio de Versalles, habían los reyes construido el Trianon para reducirse más en sus viviendas y encontrarse más cerca de si mismos; y pareciéndole demasiado extenso el Trianon, la Reina pidió á su marido, y el marido regaló á la Reina, un parque cercano á Versalles y á Trianon, ó sea el Trianoncito, muy bien significado en esta diminutiva palabra. Cuadrado pabelloncito, en que predomina el orden antiguo corintio; intercolumnio breve, compuesto de cuatro pilastras cilíndricas estriadas, y concluidas por columnas de acanio al ingreso; jardines hechos con arreglo á todos los gustos, italiano, francés, británico; invernaderos,

en que los más ricos vegetales se cultivan, y sitios de aclimatación en que se observan a aire libre las especies vegetales, recién traídas al suelo europeo y acomodadas desde los lejanos y diversos climas, ó tropicales ó boreales, al templado clima europeo; praderas donde pastaban bueyes y carneros, como en las Églogas; acacias-rosas, araucarias verdinegras, magnolias bien olientes, pinos corzos; hayas provenzales, cipreses varios, cedros libánicos, robinias de aromados racimos, lilas múltiples, naranjales obtenidos por medios artificiosos, extendiendo sus ramajes muy espesos y sus flores muy varias por todas partes, riachuelos sobre guijas de colores, cascadas entre un festón de hojas, puentes rústicos, lecherías helvecias, molinos de agua y viento, apriscos y establos llenos de ganado, colinas agrestes vestidas de tuyas y melezos escandinavos, lagares á lo Teócrito, amplias trojes y hondas bodegas, grutas compuestas de estalactitas y tapizadas de líquenes ó musgos, cortando el espacio y amenizándolo en todas direcciones: tal era la campiña ó jardín ó bosque ó selva donde la reina juntaba los muebles y las tapicerías que llevan el nombre de su esposo; reproducía en idilios vivos los ideados por Florián en su arreglada y correcta fantasía; representaba comedias, haciendo los últimos papeles en su inclinación al descenso en la igualdad; vestía de labradora con briales de percal y sombreros de paja y pañuelos de lino y cuerpos de chiné y tocás de Holanda; protegía y amparaba la música de Gluk, hasta dar animación á otras músicas inmortales; amasaba pan, compuesto de harinas candeales, con sus propias manos, y quesos, compuestos de leche, por sus propias manos ordeñada; discurría sobre la vida campestre y la soledad idilica; prosperaba las utopías en boga repitiéndolas y acariciándolas con triste instinto de suicidio; tocaba el clavicordio, acompañándose á sí misma en la recitación del célebre Metastasio, á quien adoraba desde su niñez; leía Rousseau que la encantaba, y Beaumarchais, que la impelia con sus gracias al abismo, sin darse cuenta ella misma, mientras maldecía de Voltaire y de sus triunfos, componiéndose de suerte tal, que desde aquella poesía viviente dilatada por su soplo en que todo parecía muy sereno, muy armonioso, muy pastoril, muy pacífico, se irradiaban por los aires tantos effluvios revolucionarios, capaces de fecundar ellos nuevos mundos sociales y destruir los antiguos, que si pudiéramos distribuir á cada sitio y personaje la cantidad de tempestuosa electricidad que bien ó mal de su grado exhalara, á ninguno le tocaba en tales grados como á este regio espacio y á esta cortesana compañía, que parecían refugio de las instituciones monárquicas para confortarse y rehacerse y reconstituirse y continuar el perdurable curso de su Historia.

Allí dió una de las fiestas que mayores males causó al principio monárquico, la fiesta en honor de su hermano el emperador José II de Austria. Nacido éste por su estrella en trono de la Edad Media, y compenetrado por su educación de las ideas modernas, embebidas mal de su grado en la inteligencia suya y moviendo su voluntad, pero en incertidumbres y perplejidades propias de la contradicción entre sus aprendidas creencias y su oficio

heredado; ganoso del humano saber, pero sin tiempo y sin facultades para profundizarlo y apropiárselo; vivaz, con esas vivacidades de quien se mueve sin adivinar el término y el objeto y la finalidad ó meta de sus movimientos: empeñado en que las ideas liberales habían de imponerse por los procedimientos absolutistas al pueblo, aunque las resistiese y repugnase; gárrulo como todos cuantos tienen muchas opiniones, y no adoptan al cabo ninguna; perturbador por el pro y el contra que acompañan á todas las afirmaciones flumonas; tan precipitado en sus resoluciones, como irreflexivo en sus planes; amigo de innovar, pero queriendo que las innovaciones y las reformas tocasen á todos, menos á su autoridad soberana; devoto, como su padre, hasta la superstición y enemigo del poder y del influjo clerical hasta la monomanía; sin la paciencia de los verdaderos estadistas y sin la vista de los verdaderos pensadores y sin la oportunidad del político para saber cuándo las ideas novísimas están maduras y pueden á la realidad acercarse; inseguro siempre al formular sus pensamientos, si habían de herir ó no las costumbres modificables por la tenacidad en el carácter, de que carecía por completo; José, de simple particular, hubiera sido un medio filósofo inconsistente y aturdido; pero, puesto en el trono, é impacientísimo por convertir la verdad pensada para sus adentros en bien para todos, no tanto por fe viva, como por ufana ligereza, se dió tales trazas, que convirtió el bien mismo en mal, y precipitó, magüer odiarla y maldecirla, el movimiento de la revolución, que nos redimió á nosotros, los vasallos, pero que los destruyó á ellos, á los reyes. Catorce años más viejo que su hermana, como la conociera niña y la cuidara con paternal afecto, no se acordaba del cambio de posición en ésta, y la reñía como si fuera niña y pequeña cuando ya era madre y reina. Vestido de una manera modesta; pagado del sentimiento igualitario que prevaleciera de abolengo en su familia, y enemigo de la pompa, del séquito y de los alardes de los guardias; yéndose por las calles de París, con su bastoncito en la mano, y alojándose humildísimo en una posada de Versalles, por abrumarle con sus grandezas el palacio de su hermano; aquel descenso á los inferiores, y aquellas asistencias solo á sitios concurridos, y aquellas familiaridades con todo el mundo, tan criticadas en la reina por el vulgo, parecieron de perlas en el emperador, sin acordarse nadie de que mientras éste hacia tales cosas por cálculo político, ella las hacia por una inclinación deliberada en su ánimo á la igualdad democrática. Así dióse un caso rarísimo, patente prueba de que todos los caminos conducen á la perdición para quien debe perderse, que la modestia de José, así en Versalles como en París, recrudesció el concepto de pródigas imputado por el pueblo á las gentes de María Antonista, y puso en parangón el dispendio sistemático y continuo de ésta con la sobriedad y economía del emperador, pues hasta las virtudes y prendas de los suyos herían á la pobre, que debía ver cambiado su trono en patíbulo al resonante apodo de austriaca. Y lo que más dañó en esta fraternal visita el concepto de la reina en los ánimos, fué aquella especie de inquisición ejercida por su hermano, indagando todos sus

hechos con todos sus dichos, y armándole una especie de verdadero expediente, parecido á una terrible acusación fiscal. Muy orgulloso de la hermosura que resplandecía en su hermana; muy penetrado de que su inteligencia tenía mucho de clara como el natural, como de bueno; argüíala con reconvenciones parecidas á cargos por sus hábitos y por sus costumbres, aunque reconociendo superar en mucho al desórden el escándalo, por adolecer Antonieta de una desgracia, de que se convirtieran, según el rumor público, en malas y nocivas sus acciones mejores y más inocentes; y le observaba si podía estar satisfecha de los desvelos por el Rey, si frecuentaba su trato y compañía, si no brillaba muchas veces á sus expensas si le decían los demás hechos suyos que sólo por ella debía él conocer, si ofrecía é inmolaba ó no sus costumbres en aras de sus deberes, si jugaba mucho y á juegos de azar deshonorosos, si le gustaban los bailes de la Opera peligrosísimos donde se confundía con toda la canalla de París, si leía poco, cuando en las lecturas instructivas y amenazas encuentra el ánimo calma, si murmuraba del progreso y estas murmuraciones le traían enemigos numerosos, si prefería la sociedad extranjera frecuentemente á la sociedad nacional, con riesgo de que la creyeran enemiga de su reino los vasallos; si mucho se desenfrenaba en las fiestas, donde, sin tropezar su cuerpo, encubría el vicio de las demás con su propia y grande autoridad ¡Ah! Muchos de los cargos que le dirigieran luego para cercenarle la hermosa cabeza del cuerpo y deshonorarla en el concepto de Francia y de la posteridad, están tomados del resumen de tales observaciones fraternales que, dictadas por su afecto de amor, se convirtieron en gérmenes de odio.

Hasta el nombre mismo de austriaca provino del Palacio, no del pueblo. cuando tal nombre aparece como el primer cordel, á su garganta echado, para impelerla con formidable ímpetu al patíbulo. De donde parecía que se hallaba el germen de las obras y de las palabras mejores, dimanó la peste de tal imputación, cuya malicia la presentaba como reo de muerte, por extranjería y por traición. Guardábase en la complicada corte de Versalles un apartamiento consagrado desde los tiempos del pervertido Luis XV á la oración y á la virtud. Este apartamiento era el compuesto por la casa y cuartos de las hijas de tal Rey, quienes renunciaban al matrimonio y se recluyeran en el estado de soltería que trae aparejadísimo á cuantos lo abrazan, en llegando á cierta edad madura, el apodo de solterones. Devotísimas, casi gazmoñas; con las neurosis propias de su condición y de su sexo; dando jaquecas á todos, por padecerlas ó decir que las padecían ellas mismas; aquejábanlas el peor de los defectos, el defecto de hacer casi odiosas virtudes como las suyas, que consideraban la murmuración de los vicios ajenos como exaltación del mérito propio y el recogimiento y la severidad como repulsivas adusteces. De tales hijas del Rey Luis XV, tías carnales del Rey Luis XVI, por hermanas de su padre, conocido como casi todos los delfines franceses bajo título tan histórico cual el de duque de Borgoña, una fué monja, la Princesa Luisa, que abrazó la Orden del Carmelo en París mismo; y otra, la Princesa Vic-

toria, fué una especie de I fanta vieja, criada en el odio al Austria, que se entretenía en maldecir de su sobrina María Antonieta, poniéndola el nombre de austriaca, que tanto le desdoro en el concepto público, y tanto la empujó del trono al cadalso. Bien es verdad que no tuvieron escasa participación en la desdicha de su hija y hermana la Emperatriz María Teresa y el Emperador José II. Imprevisor, aturdido, voluntarioso, éste último; tomando las temeridades propias de su mediana capacidad por inspiraciones y arrebatos de genio; emperrado en emular con un hombre tan extraordinario de suyo cual Federico II; como acabara sin sucesión el Elector de Baviera, empeñóse, por su pueril testarudez, en heredarlo, recortando una parte de sus dominios, y armó con Prusia por esta herencia una guerra, en la cual contaba el Estado este su enemigo con el auxilio patente de Sajonia y Hannover, con la complicidad secreta de Rusia, con la opinión universal de Alemania, con la sublevación de Baviera, que á todo trance quería su integridad y juraba resistirse hasta el último extremo antes que consentir la propia disminución y las anexiones de territorios suyos á la invasora imperial Austria. En tanto aprieto apeló el Austria como á un último recurso, á la pobre Antonieta, y la cercó de influencias, á cual más poderosa y la importunó con instancias, á cual más rara, con el fin de que Francia le prestase ayuda contra Prusia y le facilitara sus proyectos de alzarse con Baviera. No podían pedir los principes austriacos intervención en sus asuntos más opuesta de suyo á los intereses del pueblo francés. Convenía mucho á ésta que no se dilatase Austria por Occidente y no constituyese una enormísima mole, la cual pudiese precipitarse con gran pesadumbre y estruendo sobre su propio territorio. Sin embargo, hasta María Teresa, como José II, hallábanse muy empeñados en que volviera su poder, influyó la infeliz Reina contra Francia su favor de Austria, pues para eso le procuran el excelso matrimonio y pusieran en el trono. A mayor abundamiento se le ocurrió al Emperador el disparate de comenzar tal conquista de Baviera en los días subsiguientes á su estado en París y á sus coloquios con la Reina. Esta, pesarosa de tener que servir á su vieja familia contra su nueva patria, no ponía el menor empeño en oír á los Emperadores, haciendo lo menos que podía, y esto por viejo culto á su madre, pues la tenía sin cuidado alguno el Emperador, diciendo á cuantos le hablaban del intento loco de su hermano y de las grandes consecuencias que podría tener: «ha hecho de las suyas». Una temeridad tan grande, como lo increíble de José II, había de tener por fuerza una paz tan deshonrosa como la que siguió á su funestísimo proyecto y así la conclusión y consecuencia de todo fué que la Reina, no habiendo podido en su posición deservir á Francia, ni servir al Austria, se llevó la enemiga de todos, imputándole un interés por los suyos que no había ella tenido en aquel asunto, é imputándole los suyos una frialdad que le imponían de consuno sus más rudimentarios deberes de Reina francesa. Mas así proceden los hechos con aquellos que parecen sometidos por el hado á una trágica suerte: todos los elementos se revuelven á una en su contra. No podía, pues, evitarse la revolución.



## CAPÍTULO DÉCIMO-CUARTO

### Calonne y los despilfarros.

No pueden referirse las plagas y calamidades que tenían abrumado al pueblo francés por consecuencia del antiguo régimen, y así no pueden apreciarse bien las responsabilidades caídas sobre las espaldas de los reyes en el momento de aquella liquidación universal, tanto por obra é influjo de los grandes pensadores en el cambio y difusión de las ideas, como por obra é influjo de las grandes ideas en el desarrollo de los hechos transcendentales. Nunca estuvieron, durante todo aquel trágico período, los reyes firmes en un propósito consciente, ni resueltos á una finalidad concreta: ó había que combatir el antiguo régimen, como hicieron los Oranges en Inglaterra, enemigos de la reacción; ó había que defenderlo y morir con él como en Inglaterra hicieron por su parte los Estuardos también. El mayor mal, cuando se atraviesa cualquier suprema crisis, es la perplegidad é incertidumbre, de que adolecían los reyes en Francia durante la crisis revolucionaria. Nunca estuvieron por el espíritu moderno, ni por el espíritu antiguo. Nunca jamás acertaron los cuidatísimos con el medio de conservar su poder absoluto; y no pudiendo conservarlo, con el medio de preparar la sociedad y el pueblo de su tiempo á recibir, sin grave detrimento del orden, las nuevas ideas. Así que un viejo interés chocaba con un pensamiento nuevo, no sabían qué hacer. Evóquese cualquier organismo, y se tendrá la prueba de que precisaba reformarlo, atendiendo al estado de los ánimos, y no se podía por modo alguno, atendiendo al ánimo de los reyes. Entre las instituciones, que hubo precisión de abolir, se contaban los mos-